

ENTREVISTA / Parte 2

Isidro Avila: decano del periodismo gráfico yucateco / CONCLUSIÓN



Adicto a las alturas

■ Para tomar una foto, pocos obstáculos insuperables puede encontrar Isidro Avila. Gracias a su buena condición física, lograda en el duro ejercitarse en el gimnasio en sus años mozos, en un afán inútil de “hacer algo de músculos”, subir a un poste de luz, encaramarse en lo más alto de la Catedral o escalar una elevada estructura de metal eran para él, hasta hace unos años, “pepita y cacahuete”, como el mismo Isidro afirma.

En sus años de madurez, Isidro Avila era capaz de llegar hasta la temeridad con tal de obtener una foto distinta, como atestiguan la gráfica de la Catedral (publicada ayer) durante el sepelio de un grupo de sacerdotes yucatecos y las dos debajo de estas líneas: un desfile del 15 de septiembre, en la calle 61, y en el tanque del agua potable de Ciudad del Carmen, Campeche.

La trayectoria profesional de Isidro Avila Villacís ha transitado de la cámara Zeiss Ikon de sus primeros años en el **Diario**, a la que había que enfocar, medir la distancia y la apertura del lente en forma manual, a las modernas máquinas digitales.

En 47 años de asiduo trabajo, Isidro acumula un rico caudal de experiencias que disfruta compartir generoso con los fotógrafos bisoños, como atestiguan sus propios colegas en el **Diario** y hasta en otras publicaciones.

En esta segunda parte de la entrevista a Avila ofrecemos sus comentarios sobre el progreso de la tecnología fotográfica y un breve compendio de sus mejores anécdotas.

—¿Cómo ha evolucionado la fotografía en estas casi cinco décadas?

—Uh, hay muchos cambios. De aquellas cámaras de las que ya te hablé, con las que tenías que calcular la luz, la distancia y la apertura del lente, a las de ahora que se enfocan solas, fijan la apertura y funcionan a gran rapidez, de modo que puedes tomar acciones a gran velocidad, hay un gran abismo.

—¿Y las cámaras digitales?

—Son buenas, pero todavía no alcanzan la calidad y la nitidez de las películas tradicionales, aunque, te diré, con una cámara así cualquiera es fotógrafo, porque aunque tengas una foto oscura y mal enfocada, la metes a la computadora, la aclaras y le das el color y la nitidez que quieras.

—¿No le gustan?

—No es que no me gusten, sino que no son de mi época. Yo no manejo la computadora, pero si son cámaras, seguro que puedo manejarlas.

—¿Cómo ve la ciudad y el Estado un hombre que los ha recorrido de arriba abajo y de un lado al otro?

—La ciudad está bastante extendida. Ha crecido mucho y en los últimos años sobre todo se ha modernizado, con grandes plazas, avenidas, calles; está muy bien comunicada y hoy día puedes ir rápidamente a donde quieras. Pero se han perdido algunas cosas; por ejemplo, ya casi no ves a las familias a las puertas de sus casas tomando el fresco.

—Del Estado, lo que te puedo decir es que es uno de los que tienen mejor red de carreteras. Ya no te tardas un día en ir a Colonia Yucatán, que es lo que yo tardaba cuando iba “a mi visita” (a ver a su novia, hoy su esposa, doña Josefina Adelaída Perera Alpuche, quien, “al paso de los años, supe que era hasta mi medio pariente, por el lado de mi padre, y que ambos éramos medio primos del extinto ex gobernador Gral. Graciliano Alpuche Pinzón”). Lo que no me gusta es que se ha perdido una bonita costumbre: ya no ves a las mestizas en los pueblos ataviadas con sus limpios, blancos hipiles. Ahora todas las muchachas llevan “jeans” y blusitas que dejan ver el “tuch” (ombligo).

—Esas son costumbres muy de Estados Unidos que nos han traído la televisión, las “benditas telenovelas” que ahora hacen que las familias se encierren en sus casas, y la migración de miles de yucatecos.

—¿Y los cambios políticos?

—Lo que te puedo decir es que la alternancia siempre es buena. Ahora tenemos la posibilidad de que si no nos gusta el que está, lo quitamos y ponemos a otro. Eso no ocurría antes, porque sólo había un jefe y él decía qué es bueno y qué es malo y qué se debía hacer y qué no. Es mejor la vida en la democracia.

DEL ANECDOTARIO DE AVILA

Como puede fácilmente adivinar el lector, Isidro Avila es dueño de un rico anecdótico, tras 47 años de labor periodística. Algunas de las anécdotas que más disfruta contar, por una u otra razón, las transcribimos a continuación:

—Cuando apenas era un muchacho y empezaba a trabajar en la fotografía de mi papá, quise aprender a hacer aquellas placas fijas que se exhibían en los cines. En el estudio mi papá le dio un sitio para hacer ese trabajo a un señor al que llamaban “Nex”, quien, cuando me veía cerca tratando de aprender lo que hacía, suspendía el trabajo. Entonces don Pedro Guerra, el de la fotografía Guerra, a quien le conversé mis inquietudes, me dijo: “Eso es como que hagas tus fotos, sólo que con placas de cristal”, y me regaló una cajita del material.

—Como me gustaba dibujar e inclusive iba a Bellas Artes a clases, mi primer dibujo fue una concha, un cigarro y la leyenda “Se prohíbe fumar en este cine”. Les regalé las placas al cine Novedades, al Cantarell y al San Juan y años de años las estuvieron pasando. Entonces me empezaron a caer más chambas de placas de cine, las cuales hacía con fotos coloreadas con acuarelas.

—A las fotos también les empecé a poner color con acuarela y quise aprender a hacerlo al óleo, porque era la costumbre antes, ya que no había películas a color. Mi papá tenía a un dibujante, Maldonado, que era muy famoso, pero cada vez que me paraba junto a su mesita para ver cómo lo hacía, dejaba de trabajar. Un día, me animé a hacerlo y agarré práctica, al grado que hacía hasta cuatro diarias. Así, “pirateando” fui aprendiendo todas mis cosas.

—Después, “Goyito” Méndez me llevaba con él a tomar fotos de béisbol al Estadio. Como quien dice, fue quien me dio cámara para trabajar en la calle. Un día le pegaron un pelotazo a Goyo, le partieron el pómulo y dejó de trabajar. Luego a “Torrente” le dieron un pelotazo en el tobillo, lo enyesaron y también dejó de trabajar. Entonces yo tomaba las fotos y se las vendía a ambos. Las primeras fotos de Avila se publicaron, no en el **Diario**, sino en el semanario “Hit” de béisbol, que se editaba en México.

—Estuve seis años en el Ejército y tengo el grado de subteniente de infantería en las reservas. Desde que tengo uso de razón soy flaco, a pesar de los esfuerzos de mi abuelo que me visitaba para ver si subía de peso. Ya de muchacho, pues uno quiere tener cuerpo atlético, iba al gimnasio en la mañana y en la noche para ver si así, pero nada, ni con la lucha libre y el béisbol que jugaba en un equipazo que tuvimos en la secundaria Vadillo. Cuando me tocó el servicio militar ofrecieron una academia para oficiales y entré para ver si hacía algo de músculo y seis años fui instructor de conscriptos y lo que más daba era defensa personal, tiro y gimnasia. Tampoco logré mucho.

—Eso, sin embargo, y las vitaminas de mi abuelo me ayudaron mucho cuando empecé a trabajar en el **Diario**, sobre todo en la época de (la campaña de) Correa Rachó al gobierno del Estado, cuando diario había saqueos, corretizas y pelafustanes. Gracias al entrenamiento que tenía, para que me detuvieran tenían que ser atletas y se me “hacía chicle”, cuando estaba en apuros, subirme a un poste, tirarme a un techo, brincar a otro, escalar un muro y salir por otro lado. Estaba yo en plenitud de facultades.

—No sé por qué, pero yo creo que tengo un ángel de la guarda, porque nunca me han lastimado. Siempre ha sucedido algo o ha surgido alguien que me salva cuando estoy en algún apuro.

—Mi buena condición física también me ayudó cuando estubo de visita Jacqueline Kennedy, viuda ya



del asesinato presidente John F. Kennedy. Iba a ir a Palenque y (Fernando) Barbachano, que era su anfitrión y en cuya casa del Paseo de Montejo se hospedó, advirtió que en el avión que la llevaría sólo podían acompañarla los fotógrafos de la UPI y la AP. Yo subí rápidamente y le dije: “Soy de UPI, porque el **Diario** es su corresponsal”, pero me bajó, quitó la escalerilla y me retó: “Ahora sube”. Me tomé de la orilla inferior de la puerta, me pulsee y de un salto estuve adentro. “Ya me j...”, lamentó Barbachano.

—En Palenque, desde luego, tomé muchas fotos. Luego bajaríamos a Campeche. Como no tenía ni dinero ni más ropa que la que llevaba puesta, avisé aquí y un redactor fue a mi casa por ropa y me la alcanzó a Campeche junto con dinero. Más tarde, en Chichén Itzá, como un regalo del **Diario**, el mismo redactor le entregó a la Sra. Kennedy un juego de fotos de su gira que antes le ofrecieron, pero sin poder cumplir, tanto el de la UPI como el de la AP.

—En la época de (Carlos) Loret de Mola tuve buenos agarrones con él. Fue el único gobernante con el que no me llevé tan bien, creo que porque sabía que (Victor) Cervera Pacheco era buen amigo mío.

—En una sesión de Consejo de Cordemex, pre-



Las cámaras fotográficas son el tesoro de Isidro Avila. Más que una herramienta de trabajo, constituyen parte de su personalidad. Avila y cámara fotográfica son casi sinónimos: “Cuando no cargo mi equipo me siento como si me faltara algo”, afirma. Aquí aparece con algunas de las antiguas máquinas de su colección

sidida por José López Portillo (entonces secretario de Hacienda), le tomé una foto mientras dibujaba un caballo, más bien parecía una mula, en el momento en que hablaba el gobernador. Aquí le pusieron un pie de “aquéllos”, dando a entender que López Portillo dibujaba el animal que le representaba a la persona que hablaba. Al día siguiente me llamó Loret muy molesto y me dijo: “A mí me han dicho de todo, hasta p..., pero yo no estaba hablando cuando López Portillo dibujó el caballo”.

—Otra vez, en el aeropuerto, sin darme muy bien cuenta de lo que hacía, empecé a rascar con una uña la estatua de Manuel Crescencio Rejón y alguien me gritó al pasar: “Ya lo descubriste”. Al rato me puse a pensar en el significado de la frase, regresé junto a la estatua y me di cuenta de que era de yeso. Haciendo averiguaciones, supe que la de bronce estaba en la policía y una mañana, a las 7, acudí a retratarla. Se publicó la noticia a ocho columnas con el título: “Un usurpador en el aeropuerto. El verdadero está preso en la policía”. También me agarró Loret y me dijo: “Condenado flaco, mañana está la estatua en su sitio” y así fue.— **Martiniano Alcocer Alvarez.**— Mérida, Yucatán, abril de 2002.



El 4 de octubre de 1955, el *Diario* publicó la primera fotografía “con la firma” de Isidro Avila: el evento inaugural del convento de la congregación de las Hermanas Trinitarias, en Chuburná (sobre estas líneas), a cargo del recordado segundo arzobispo de Yucatán, Mons. Fernando Ruiz Solórzano. Debajo, el príncipe Carlos de Inglaterra a su salida del antiguo edificio —ya desaparecido—del aeropuerto de Mérida, en los años sesenta



En aeroplano, globo aerostático, automóvil, bicicleta o “de cualquier forma”, Isidro Avila se desplaza para cumplir con su trabajo reporteril. Sobre estas líneas, en un helicóptero donde, en la década de los años sesenta, tomó fotografías de Mérida. Debajo, trágicas imágenes del accidente aéreo de Pedro Infante, el 15 de abril de 1957, en el sur de la ciudad, hasta donde Isidro llegó oportuno manejando una bicicleta

